

Él vigila, él espera, él arrebatá...
¿quién será la próxima?

KARIN

SILENCIADAS

SLAUGHTER

«El ojo de Slaughter por los detalles y la realidad no tiene parangón...
la seguiría incondicionalmente». —Gillian Flynn

Will Trent se encuentra con una información perturbadora mientras investiga el asesinato de un prisionero durante un motín carcelario. Uno de los encarcelados asegura que es inocente del ataque brutal del que siempre fue el principal sospechoso. Insiste en que todo fue manipulado por un equipo de la policía corrupto, dirigido por Jeffrey Tolliver y que el verdadero culpable sigue en libertad: un asesino en serie que sistemáticamente ataca a mujeres a lo largo y ancho del estado de Georgia desde hace años. Este convicto se ofrece, oportunamente, para dar información clave sobre el asesinato ocurrido durante el motín, pero para ello Will deberá comprometerse a reabrir un caso en el que tendrá que implicar a un oficial condecorado.

Solo unos días antes, otra mujer joven fue brutalmente asesinada en el un parque del norte de Georgia. ¿Es una coincidencia o es cierto que hay un asesino en serie suelto por ahí?

Mientras Will profundiza en ambos sucesos, se da cuenta de que tiene que resolver el antiguo caso para encontrar respuestas. Pero ha pasado casi una década. Tiempo suficiente para que los recuerdos se evaporen, los testigos desaparezcan y las mentiras se conviertan en verdad. Pero, sobre todo, Will no puede resolver el misterio de ambos casos sin contar con la ayuda de una persona a la que no quiere involucrar: su novia y viuda de Jeffrey Tolliver, la forense Sara Linton.

Para Wednesday.

Háblame.

*Déjame mirar dentro de esos ojos mientras aprendo.
Por favor, no me los escondas solo por las lágrimas.
Deja que te dé las buenas noches con un
«ea, ea, no le des más vueltas».
Dime dónde está la herida y cómo curarla.*

*¿Ahorrarme preocupaciones? No me ahorres ninguna.
Preocúpame, inquiétame con todas tus penas
y tus agobios.
Háblame y que nuestras palabras
levanten un refugio contra la tormenta.*

*Trouble Me, de Natalie Merchant y Dennis Drew, 10,000
Maniacs*

Téngase en cuenta que este libro es una obra de ficción. Me he tomado ciertas libertades con la cronología.

Prólogo

Beckey Caterino hurgaba en los rincones más recónditos del frigorífico de su apartamento del colegio mayor. Leía enfadada las etiquetas de la comida, buscando en ellas sus iniciales garabateadas. Queso fresco, bocadillos envasados, *minipizzas*, salchichas veganas; palitos de zanahoria, incluso.

KP: Kayleigh Pierce. DL: Deneshia Lachland. VS: Vanessa Sutter.

—Hijas de puta.

Cerró tan violentamente la puerta del frigorífico que hizo temblar las botellas y dio una patada a lo primero que encontró, que resultó ser una papelera.

Se desparramaron por el suelo envases de yogur vacíos, bolsas arrugadas de palomitas bajas en calorías y botellas de Coca-Cola *light* vacías. Cada una de aquellas cosas con sus dos letras correspondientes, escritas con rotulador negro.

BC.

Beckey miró los envases vacíos de la comida que había comprado con el poco dinero que tenía y que sus odiosas compañeras se habían comido mientras ella pasaba la noche en la biblioteca, trabajando en un artículo cuya evaluación constituía la mitad de su nota de Química Orgánica. Había quedado en reunirse con la profesora a las siete para asegurarse de que tenía el trabajo bien encarrilado.

Fijó los ojos en el reloj.

Eran las 4:57 de la madrugada.

—¡Qué hijas de puta sois! —gritó mirando al techo.

Encendió todas las luces que encontró. Sus pies descalzos abrieron un surco en la moqueta del pasillo. Estaba

agotada. Apenas se tenía en pie. La bolsa de Doritos y los dos bollos de canela gigantes que se había comprado en la máquina expendedora de la biblioteca se le habían vuelto de cemento en el estómago. Lo único que había conseguido impulsarla desde la biblioteca al colegio mayor era la esperanza de alimentarse.

—¡Arriba, ladronas de mierda! —Aporreó con el puño la puerta de Kayleigh con tanta fuerza que se abrió.

El techo estaba velado por una nube de humo de marihuana. Kayleigh pestañeó, arropada. El tipo acostado a su lado se dio la vuelta.

Markus Powell, el novio de Vanessa.

—¡Joder! —Kayleigh se levantó de un salto, desnuda, salvo porque llevaba puesto el calcetín del pie izquierdo.

Beckey aporreó las paredes mientras avanzaba hacia su habitación, la más pequeña del apartamento, la que se había ofrecido a ocupar porque era una arrastrada, un felpudo que no sabía plantar cara a tres chicas que, aunque eran de su misma edad, tenían el doble de dinero en la cuenta bancaria.

—¡No se lo digas a Nessa! —Kayleigh corrió tras ella, todavía desnuda—. No ha sido nada, Beck. Nos emborrachamos y...

«Nos emborrachamos y...».

Todas las historias que contaban aquellas zorras empezaban de la misma manera, con esas tres palabras: cuando a Vanessa la pillaron haciéndole una mamada al novio de Deneshia; cuando el hermano de Kayleigh se meó accidentalmente en el armario; y cuando Deneshia le «cogió prestada» a Beckey su ropa interior. Siempre estaban borrachas o fumadas o tirándose a alguien o follando entre sí, porque esto no era un piso de estudiantes, era un Gran Hermano del que no se expulsaba a nadie y en el que todo el mundo acababa pillando la gonorrea.

—Venga ya, Beck. —Kayleigh se frotó los brazos desnudos—. Nessa iba a cortar con él de todos modos.

Beckey podía hacer dos cosas: o ponerse a gritar y no parar, o largarse de allí lo antes posible.

—Beck...

—Voy a salir a correr un rato.

Abrió un cajón. Buscó unos calcetines, pero, naturalmente, no había dos iguales. Su sujetador deportivo favorito estaba tirado debajo de la cama. Sacó sus mallas sucias del cesto de la ropa y eligió un par de calcetines desparejados, uno de los cuales tenía un agujero en el talón, pero que le saliera una ampolla no era nada comparado con quedarse allí, donde se volvería loca y arremetería contra todo bicho viviente.

—Venga, Beckey, tía, no te pongas así. Estás hiriendo mis sentimientos.

Beckey hizo caso omiso de sus gimoteos. Se colgó los auriculares del cuello y le sorprendió encontrar su iPod exactamente donde tenía que estar. Kayleigh era la mártir del grupo: todas las barbaridades que hacía, las hacía por altruismo. Si se acostaba con Markus, era porque Vanessa le había roto el corazón al pobrecillo. Si copiaba a Deneshia en un examen, era porque su madre se llevaría un disgusto si suspendía otra vez. Si se comía los macarrones con queso de Beckey, era porque a su padre le preocupaba que estuviera tan flaca.

—Beck —añadió tratando de desviar la cuestión—. ¿Por qué no me hablas? ¿Qué te ocurre?

Beckey estaba a punto de decirle sin rodeos lo que le pasaba cuando vio que su pinza del pelo no estaba en la mesilla de noche, donde siempre la dejaba.

De pronto se quedó sin oxígeno en los pulmones.

Kayleigh levantó las manos, fingiéndose inocente.

—Yo no la he cogido.

Beckey se distrajo un momento al reparar en sus pezones perfectamente redondos, que parecían mirarla como un par de ojos suplementarios.

—Vale, tía —dijo Kayleigh—, me he comido lo que tenías en el frigorífico, pero yo nunca tocaría tu pinza del pelo, ya lo sabes.

Beckey sintió que se le abría un agujero negro en el pecho. Aquella pinza era barata, de las de plástico que se compran en cualquier perfumería, pero para ella lo era todo, porque era lo último que le había dado su madre antes de subir al coche para irse a trabajar y morir asesinada por un conductor borracho que conducía en sentido contrario por la interestatal.

—Eh, vosotras, Blair y Dorota, callaos de una vez. —La puerta del cuarto de Vanessa se había abierto. Sus ojos eran como dos ranuras en medio de la cara abotargada y soñolienta. Echó un vistazo al cuerpo desnudo de Kayleigh y clavó la mirada en Beckey—. Tía, no puedes salir a correr, es la hora de las violaciones.

Beckey echó a correr. Pasó junto a aquellas dos arpías. Recorrió el pasillo. Entró en la cocina. Cruzó el cuarto de estar. Salió por la puerta. Cruzó otro pasillo. Bajó tres tramos de escaleras. Llegó a la sala de recreo común. Para volver a entrar en el colegio mayor por la puerta de cristal principal hacía falta una tarjeta-llave, pero Beckey se dijo que a la mierda: tenía que alejarse cuanto antes de aquellos monstruos. De su perversidad barnizada de simpatía. De sus lenguas viperinas, de sus pechos turgentes y sus miradas cortantes como cuchillos.

El rocío le mojó las piernas cuando echó a correr por la pradera del campus. Sorteó un murete de cemento y salió a la calle principal. El aire estaba impregnado aún del relente nocturno. Una a una, las farolas iban apagándose con un parpadeo a la luz del alba. Las sombras se abrazaban a los árboles. Oyó a alguien toser a lo lejos y un súbito escalofrío le recorrió la espalda.

«La hora de las violaciones».

Como si les importara que la violaran. O que apenas tuviera dinero para comprar comida; o que tuviera que esfor-

zarse el doble que ellas, estudiar más, poner más empeño, correr más deprisa, y que a pesar de todo siempre, siempre, por más que se esforzase, acabase yendo dos pasos por detrás desde la línea de salida.

«Blair y Dorota».

La chica «popular» y la criada gorda y servil de *Gossip Girl*. Era fácil adivinar qué papel le correspondía a ella, a ojos de todas.

Se puso los auriculares y encendió el iPod que llevaba sujeto al bajo de la camiseta. Empezó a sonar Flo Rida.

Can you blow my whistle baby, whistle baby...

Sus pasos siguieron el ritmo de la canción mientras corría. Cruzó la verja que separaba el campus de la pequeña y desangelada zona comercial del centro del pueblo. No había bares ni locales de estudiantes porque en aquel condado estaba prohibida la venta de bebidas alcohólicas. Su padre decía que aquello era como Mayberry, el pueblecito del *Show de Andy Griffith*, solo que más blanco y aburrido. La ferretería. La clínica pediátrica. La comisaría. La tienda de ropa.

El dueño de la cafetería, un señor mayor, regaba la acera con una manguera mientras el sol se alzaba por encima de las copas de los árboles. La luz del amanecer lo cubría todo de un resplandor irreal, anaranjado como el fuego. El hombre saludó a Beckey llevándose la mano a la gorra de béisbol. Ella tropezó en una grieta del asfalto. Recuperó el equilibrio y fijó la vista al frente, fingiendo que no le había visto soltar la manguera y hacer amago de ayudarla, porque quería tener bien presente que todo el mundo era gilipollas y que su vida era un asco.

—Beckey —le había dicho su madre mientras sacaba la pinza de pelo del bolso—, esta vez lo digo en serio. Quiero que me la devuelvas.

La pinza de pelo. Dos peinecillos unidos por una bisagra, con un diente roto. De carey, como un gato. Julia Stiles llevaba una muy parecida en *10 razones para odiarte*. Be-

key había visto la película con su madre mil veces porque era una de las pocas que a las dos les encantaban.

Kayleigh no le habría quitado la pinza de la mesilla de noche. Era una puta desalmada, pero sabía lo que significaba aquella pinza para ella porque una noche se fumaron un porro y Beckey se lo contó. Le contó que estaba en clase de Lengua cuando el director del instituto vino a buscarla. Que había un agente de policía esperándola en el pasillo y que ella se asustó porque nunca se había metido en líos. Pero no se trataba de eso. En el fondo de su ser, Beckey debió de intuir que había pasado algo horrible, porque cuando el policía empezó a hablar notó que su sentido del oído se apagaba y se encendía, como si hubiera interferencias, y solo algunas palabras sueltas llegaron a distinguirse entre el zumbido de una línea telefónica.

Madre..., carretera..., conductor borracho...

Curiosamente, en aquel instante Beckey se echó mano a la cabeza buscando la pinza. Lo último que había tocado su madre antes de salir de casa. Abrió la bisagra. Se pasó los dedos por el pelo para soltárselo. Y apretó tan fuerte la pinza en la mano que rompió uno de los dientes. Recordaba haber pensado que su madre iba a matarla: «Quiero que me la devuelvas». Y entonces se dio cuenta de que su madre ya nunca podría matarla, porque había muerto.

Al acercarse al final de la calle mayor, se limpió las lágrimas de la cara. ¿Izquierda o derecha? ¿Hacia el lago, donde vivían los profesores y los ricos, o hacia las parcelas salpicadas de caravanas y casas prefabricadas?

Torció a la derecha, en dirección contraria al lago. En su iPod, Flo Rida había dado paso a Nicki Minaj. Su estómago centrifugaba los Doritos y los bollos de canela, extrayendo el azúcar para mandárselo a la garganta. Apagó la música y dejó que los auriculares le colgaran del cuello. Los pulmones le temblaban como queriendo indicarle que debía parar, pero aun así siguió adelante, tragando el aire a bocanadas, con los ojos todavía llorosos, mientras volvía a pensar

en las veces que su madre y ella, sentadas en el sofá, comían palomitas y cantaban la canción de Heath Ledger en *10 razones para odiarte*.

You're just too good to be true...

Apretó el paso. Cuanto más se internaba en aquel barrio deprimente, más se enrarecía el aire. Las calles tenían, curiosamente, nombres de opíparos desayunos: SW Omelet Road, Hashbrown Way... Beckey nunca iba en esa dirección, y menos a esas horas. La luz anaranjada y roja se había vuelto de un sucio color marrón. En la calle, aquí y allá, había camionetas descoloridas y coches viejos. La pintura de las casas se caía a trozos y había muchas ventanas condenadas con tablones. Empezó a dolerle el talón. Sorpresa. Le estaba saliendo una ampolla por culpa del agujero del calcetín. De pronto le asaltó un recuerdo: Kayleigh levantándose de la cama con un calcetín puesto.

El suyo, su calcetín.

Aflojó el paso y se detuvo en medio de la calle. Con las manos apoyadas en las rodillas, se inclinó para recuperar el aliento. Le escocía el pie como si tuviera una avispa atrapada dentro de la zapatilla. Se desollaría del todo el talón si volvía andando al campus, y había quedado con la doctora Adams a las siete para revisar su trabajo. No sabía qué hora era, pero sabía que la doctora Adams se enfadaría si la dejaba plantada. Aquello no era el instituto. Los profesores podían joderte la vida si les hacías perder el tiempo.

Tendría que venir Kayleigh a recogerla en el coche. Era una persona despreciable, pero siempre podía confiarse en que fuera a recogerte, aunque solo fuera por lo mucho que le gustaban los dramones. Beckey se echó mano al bolsillo y otra imagen surgió de su memoria: ella en la biblioteca, guardando el móvil en la mochila, que había dejado en el suelo de la cocina al llegar a la residencia.

No llevaba teléfono, así que no podía pedirle a Kayleigh que fuera en su auxilio. Ni a ella ni a nadie.

El sol se había elevado sobre los árboles, pero ella seguía sintiéndose envuelta en una oscuridad asfixiante. Nadie sabía dónde estaba. Nadie esperaba su regreso. Estaba en un barrio desconocido. Desconocido y de mala fama. Llamar a una puerta cualquiera, pedirle a alguien que la dejara llamar por teléfono, sería como el comienzo de una de esas series de televisión que recreaban crímenes reales. Ya oía la voz del narrador dentro de su cabeza: «Las compañeras de Beckey en el colegio mayor pensaron que había salido a dar un largo paseo para despejarse. La doctora Adams, su profesora, dio por sentado que no había acudido a su cita porque no había podido acabar el trabajo. Ninguno de ellos podía adivinar que la joven estudiante de primer curso, enfadada y herida, había llamado a la puerta de un violador caníbal...».

Un intenso olor a podrido la devolvió a la realidad. Un camión de basura acababa de aparecer en el cruce del principio de la calle. Se detuvo con un chirrido de frenos. Un tipo vestido con mono se apeó de un salto de la parte de atrás y tiró de un cubo de basura con ruedas y lo sujetó al mecanismo elevador. Beckey observó cómo se accionaba el rodillo dentro del camión. El tipo del mono no se había molestado en mirarla, y sin embargo ella tuvo de pronto la sensación de que la estaban observando.

«La hora de las violaciones».

Dio media vuelta tratando de recordar si había girado a la izquierda o a la derecha en aquella esquina. Ni siquiera había un cartel con el nombre de la calle. La sensación de que alguien la observaba era cada vez más intensa. Escudriñó las casas, los coches y las traseras de las camionetas. No vio a nadie mirándola, ni cortinas que se movieran en las ventanas. Ningún violador caníbal salió a ofrecerle ayuda.

Su cerebro hizo de inmediato lo que una mujer nunca debe hacer, supuestamente: se reprendió por dejarse llevar por el pánico, reprimió su instinto visceral y se dijo a sí mis-

ma que debía enfrentarse a la situación que la asustaba, en vez de salir corriendo como un bebé.

Fue contrarrestando, uno a uno, sus propios argumentos: debía apartarse del centro de la calle; pegarse a las casas porque había gente dentro; gritar a voz en cuello si alguien se le acercaba; volver al campus porque allí estaría a salvo.

Todos muy buenos consejos, pero ¿dónde estaba el campus?

Se metió entre dos coches aparcados y se descubrió no en la acera, sino en una estrecha franja de terreno llena de hierbajos, entre dos casas. En una ciudad habría sido un callejón, pero allí era más bien un solar abandonado. Había colillas y botellas de cerveza rotas por el suelo. Vio un campo perfectamente segado detrás de las casas y, justo al otro lado de una loma, el bosque.

Meterse en el bosque parecía absurdo, irracional, pero ella conocía a la perfección los senderos de tierra que lo cruzaban. Seguramente se encontraría con algún otro estudiante tan aplicado como ella que hubiera salido a montar en bici, o a hacer taichí al lago o a correr a primera hora de la mañana. Levantó la vista y, orientándose por el sol, se dirigió al oeste, de vuelta al campus. Con ampolla o sin ella, en algún momento conseguiría llegar al colegio mayor, porque no podía permitirse suspender Química Orgánica.

Se le vino a la boca un eructo agrio, con un leve regusto a canela. Notaba la garganta como inflamada. Las cosas que había comprado en la máquina expendedora parecían a punto de hacer de nuevo acto de aparición. Tenía que volver al colegio mayor antes de vomitar. No quería echar la pota allí, entre la hierba, como un gato.

Al pasar entre las dos casas, sintió un escalofrío tan intenso que le castañetearon los dientes. Apretó el paso al cruzar el campo. No iba corriendo, pero tampoco paseando. Cada vez que pisaba, notaba un alfilerazo en el talón herido. Hacer muecas de dolor parecía aliviarla. Luego em-

pezó a apretar los dientes. Y por último arrancó a correr por el campo, sintiendo clavadas en la espalda un millar de miradas, probablemente inexistentes.

Probablemente.

Al cruzar la linde del bosque, notó que bajaba la temperatura. Las sombras se movían a su alrededor, entrando y saliendo de su campo visual. Encontró enseguida una senda por la que había corrido un millón de veces. Echó mano del iPod, pero cambió de idea. Quería oír el silencio del bosque. De vez en cuando, un rayo de sol lograba abrirse paso entre el espeso ramaje de los árboles. Pensó en lo que había pasado esa mañana. En ella delante del frigorífico. En el aire fresco que le daba en las mejillas acaloradas. En las bolsas de palomitas vacías y las botellas de Coca-Cola tiradas por el suelo. Le pagarían la comida. Siempre se la pagaban. No eran ladronas. Solo eran demasiado perezosas para ir a la tienda o tan desorganizadas que eran incapaces de hacer una lista cuando Beckey se ofrecía a ir a comprar.

—¿Beckey?

Volvió la cabeza al oír una voz de hombre, pero su cuerpo siguió avanzando. Vio su cara una fracción de segundo, entre que tropezaba y caía. Parecía amable, preocupado. Le tendió la mano mientras caía.

Se golpeó la cabeza contra algo duro. La boca se le llenó de sangre. Se le enturbió la mirada. Intentó rodar por el suelo, pero solo lo consiguió a medias. Se había enganchado el pelo con algo que tiraba de ella hacia atrás. Intentó tocarse la cabeza creyendo que encontraría la pinza de pelo de su madre, pero palpó madera y luego hierro. Vio entonces con nitidez la cara del hombre y comprendió que lo que tenía incrustado en el cráneo era un martillo.